

La tormentosa época colonial de la Capitanía General de Chile (Primera parte)

The stormy colonial era of the Captaincy General of Chile (First part)



Para quienes no somos profesionales de la historia y adquirimos nuestros discretos conocimientos en la “Historia de Chile ilustrada” de Walther Millar, la colonia nos parecía un apacible período de dos siglos de saraos, mistelas, aguateros y siestas.

Además, ahora que para los estudiantes de enseñanza media el ramo de historia es electivo, y que para rendir las pruebas de ingreso a la universidad sólo se requiere estudiar desde el siglo diecinueve en adelante no es de sorprender, con esta esmirriada base, que muchos compatriotas abran así los ojos, confundidos por los conflictos que actualmente afectan a nuestra sociedad.

Como mi intención es rescatar la anécdota, es que me remitiré a relatar algunos hechos de ese período que demuestran, en mi humilde parecer, que nunca desde la conquista incaica hasta nuestros días ha habido un período realmente estable y tranquilo en nuestro devenir histórico.

Corría el año de 1598 y el coloquialmente llamado “Reino de Chile” se conocía también como el Flandes indiano por el costo en vidas y dinero que le significaba a España su inútil intento de doblegar a los nativos de la etnia mapuche. A pesar de lo anterior, los españoles habían logrado fundar una importante cantidad de fuertes y ciudades desde Concepción hasta Chiloé.

Ese año, el gobernador Martín García Oñez de Loyola, sobrino nieto nada menos que de San Ignacio, decidió con muy mal ojo hacer una nueva incursión de conquista y fundación de ciudades y fuertes. Durante este proceso se esclavizó al nativo, capturado en “guerra justa”, para que trabajara en la extracción de metales preciosos y proporcionara alimento a los conquistadores, situación que se tornó intolerable por lo que comenzaron sigilosamente a prepararse para una gran rebelión. Al alba del 23 de diciembre de 1598, García Oñez de Loyola y sus hombres fueron sorprendidos en el sector de Curalaba cerca de Lumaco por los toquis Pelantaru y Anganamón al mando de 300 indígenas, muriendo casi todos los españoles y sus yanaconas auxiliares incluido el propio gobernador.

En los meses siguientes se produjo el levantamiento general mapuche y fueron completamente destruidas todas las ciudades y fuertes al sur del río Bio Bio incluyendo Osorno, Villarrica, Valdivia, la actual ciudad de Laja, Angol, Carahue y Arauco. Sólo se salvaron Concepción y Castro en Chiloé la que para mal de males fue capturada por los insaciables piratas holandeses de la época. Valdivia fue reconstruida en 1645 y sobrevivió a duras penas durante los siglos diecisiete y dieciocho.

Con estos desastrosos hechos termina historiográficamente la conquista y comienza el período colonial en Chile, durante el cual continúa la guerra de Arauco con distintas intensidades hasta la última insurrección mapuche de noviembre de 1881, donde fue atacado el fuerte de Lumaco al igual que en 1598, es decir casi 300 años después.

El primer período colonial conocido como de transición comienza arbitrariamente en 1598 y termina con la abolición de la esclavitud indígena en 1683. Para esa época, la ciudad de Santiago contaba con alrededor de setenta manzanas con eje en la Plaza Mayor y tenía cinco templos principales, cuatro de ellos correspondientes a las órdenes de los Dominicos, Franciscanos, Mercedarios y Jesuitas emplazados en la misma ubicación actual, excepto el de los Jesuitas cuya iglesia no fue reconstruida después de su trágico incendio.

Las principales propiedades, mercedes y encomiendas estaban en manos de los descendientes de los conquistadores, muchos de ellos de ascendencia castellana, andaluza o vasca; sin embargo, la estirpe más poderosa estaba formada por la descendencia de un inusual matrimonio entre un alemán y una mestiza de ascendencia inca cuyo origen se remonta años antes, luego de la muerte de Pedro de Valdivia.

Ocurrida esta en 1553 el rey designó como gobernador a Jerónimo de Alderete que se encontraba en España, pero también se disputaban el cargo Francisco de Aguirre, Francisco de Villagra apoyado por los cabildos del sur y Rodrigo de Quiroga apoyado por el cabildo de Santiago.

Para poner orden, el astuto Virrey del Perú, Diego Hurtado de Mendoza, designó como gobernador de la Gobernación de Nueva Toledo o la Nueva Extremadura del Reino de Chile nada menos que a su hijo García Hurtado de Mendoza, el que nada más llegar tomó prisioneros a los pendencieros Villagra y Aguirre y los envía al Perú.

Junto con el nuevo gobernador venían dos caballeros que tendrían gran influencia en el devenir de Chile en el siglo diecisiete. Uno era español y su nombre era Alonso de Ercilla y Zúñiga. El otro era alemán y provenía de la ciudad de Worms. Su nombre era Peter Lisberg castellanizado luego como Pedro Lisperguer, fundador de la familia más poderosa de la época colonial, cuya leyenda se extiende hasta nuestros días por la triste fama de una de sus nietas, Catalina de los Ríos y Lisperguer. Su valentía y otras cualidades le valieron ser nombrado alcalde de Santiago, a pesar de ser excomulgado posiblemente por su luteranismo.

Por otro lado, junto con Valdivia venía otro aventurero alemán llamado Bartholomaeus Blumenthal quien fue encargado de abastecer de maderas para la construcción de la ciudad. Castellanizado como Bartolomé Flores, en poco tiempo fue nombrado procurador y comenzó a adquirir una gran cantidad de chacras y otras propiedades. En su negocio de maderas trabó amistad con el cacique *Tala Canta Ilabe*, gobernador inca del valle conocido como Talagante por los españoles. Este alemán, con buen instinto para los negocios no tardó en ofrecer su corazón y su alcoba a la hija del cacique, ya cristianizada de nombre Elvira Curiqueo conocida como la Cacica de Talagante, heredera de tierras desde Calera de Tango hasta Lloleu y por el sur hasta Cauquenes.

Esta unión entre una noble inca y un alemán fue probablemente el matrimonio más rico en tierras hacia finales del siglo dieciséis en Chile. Tuvieron una única hija, quien a la muerte de su padre era el más suntuoso partido matrimonial de Chile, heredera de un cacicazgo que parecía un reino. Su nombre era Águeda Flores y era mestiza.

No fue otro que el ya ascendido a general Pedro Lisperguer el que desposó a doña Águeda, iniciando así la dinastía más poderosa, rica, y también envidiada, odiada y temida del siglo diecisiete en Chile, los Lisperguer y Flores cuyo auge y caída revisaremos en la segunda parte de esta crónica.

Referencias bibliográficas

- 1.- Benjamín Vicuña Mackenna. Los Lisperguer y la quintrala. Tercera edición. Editorial Francisco de Aguirre 1972, Buenos Aires.
- 2.- Alonso de Góngora Marmolejo. Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575. Disponible: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/historia-de-chile-desde-su-descubrimiento-hasta-el-ano-1575--0/html/>. Fecha de acceso: 27 de febrero de 2021.

Ernesto Payá¹

¹Hospital Dr. Exequiel González Cortés. Facultad de Medicina, Universidad de Chile.

Correspondencia a: ernestopaya@uchile.cl



Santiago en 1600 [material cartográfico] según croquis de Tomás Thayer Ojeda. Mapoteca. <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/635/v3-article-330158.html>. Fecha de acceso: 27 de febrero de 2021



El toqui Anganamón en un dibujo de Diego de Ocaña. <http://digibuo.uniovi.es/dspace/handle/10651/27859>. Fecha de acceso: 27 de febrero de 2021.